

ARMAS, LETRAS Y JUEGO EN EL UNIVERSO DE CERVANTES

María Lara Martínez

maria.lara@udima.es

Colección: Galeatus. Especial Cervantes.
Fecha de Publicación: 16/07/2015
Número de páginas: 14
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

ARMAS, LETRAS Y JUEGO EN EL UNIVERSO DE CERVANTES

Dra. MARÍA LARA MARTÍNEZ

Historiadora, escritora y profesora de Historia Moderna de la Universidad a Distancia de Madrid, UDIMA

La vida de Miguel de Cervantes, el más ilustre escritor de las letras hispanas, está jalonada de experiencias que podrían constituir el argumento no de una novela sino de varias: la infancia sembrada de traslados de una ciudad a otra en busca de sustento, los cuentos sobre el Turco que escuchaba en la barbería paterna, la partida para Italia, su intervención como soldado en la batalla de Lepanto, el cautiverio en Argel y los problemas con la justicia que lo condujeron a la cárcel en varias ocasiones entre otras muchas peripecias.

Toda esta trayectoria adquiere una especial significación en este 2015 en que conmemoramos el cuarto centenario de la publicación de la segunda parte de *El Quijote*. Así, junto a las pesquisas arqueológicas desarrolladas sobre sus restos en las Trinitarias de Madrid, hallamos a un autor que, lejos de esconderse tras sus escritos, muestra los escenarios de su existencia y, como hombre de mundo, da detalles del juego, lo que nos hace pensar en su empedernida afición a los naipes.

1. El niño

Miguel de Cervantes nació en Alcalá de Henares, probablemente, el 29 de septiembre de 1547, día del Arcángel San Miguel. Y decimos, probablemente, porque la jornada concreta nos es desconocida, pues sólo consta que fue bautizado el 9 de octubre en la iglesia de Santa María la Mayor, aunque la costumbre de imponer al neonato el nombre del santo del día del alumbramiento parece confirmar esta hipótesis. Por aquel tiempo, Alcalá era la villa más importante del dominio arzobispal de Toledo y superaba los 10.000 habitantes.

Las penurias económicas a las que tendría que hacer frente la familia del escritor provocarían numerosas mudanzas de domicilio. Así, en 1551, cuando Miguel contaba con cuatro años de edad, viajó con sus padres, Rodrigo de Cervantes, cirujano de profesión, y Leonor de Cortinas, a Valladolid, corte de la monarquía, donde por otra parte no pasarían largo tiempo ya que, además, la deuda de 45.000 maravedíes acabaría con los huesos de su padre en prisión.

En la botica del barbero, donde las sangrías eran aplicadas frecuentemente como remedio a cualquier tipo de dolencia, Miguel pudo escuchar de niño las noticias que llegaban de los avatares del Imperio, especialmente las relacionadas con la frontera otomana que, en su juventud, conocería en primera persona. El recuerdo del oficio paterno se plasma en *El Quijote* en maese Nicolás, el barbero que participaba, junto con el cura graduado en Sigüenza, en las pláticas del hidalgo.

En 1553, acosados nuevamente por la mala fortuna, la familia se marcharía a Córdoba. De este modo, con seis años de edad, Miguel contempló por primera vez la Mancha y visitó las primeras ventas. Huella queda en el inicio de la novela ejemplar *Rinconete y Cortadillo*: «*En la venta del Molinillo, que está puesta en los fines de los famosos campos de la Alcudia, como vamos de Castilla a la Andalucía*», así como en *El Quijote*, donde se describe el escaso yantar y la pésima alberga que ofrecían estos establecimientos.



Anibale Carracci (1560-1609): *El comedor de judías*.

La cena servida al alocado Alonso Quijano en la primera venta en que se detuvo tras la salida de su anónimo pueblo, consistía en «*una porción de mal remojado*

y *peor cocido bacalao y un pan tan negro y mugriento como sus armas*» y, del alojamiento, el propio ventero hizo ver al hidalgo que su venta nada tenía que ver con un castillo: *«bien se puede apear, con seguridad de hallar en esta choza ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche»* (I, 2).

Después de estudiar en el colegio de los jesuitas en Córdoba, Miguel llega a Sevilla con dieciséis años, esto es, con la edad de Rinconete y Cortadillo, *«dos muchachos de hasta edad de catorce a quince años»*. Y, quizás, al igual que los dos pícaros, nada más entrar en ella, se lanzaría a recorrer la ciudad, quedando fascinado *«por la suntuosidad de su mayor iglesia y el gran concurso de gentes del río»*. Los responsables de su formación serían otra vez los jesuitas, aquéllos que estaban poniendo en marcha toda una reforma educativa si tenemos en cuenta el contexto pues, como relata Cervantes en su novela ejemplar *El coloquio de los perros*, *«los reñían con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con ejemplos, los incitaban con premios y los sobrellevaban con cordura»*.



Grabado de Sevilla sobre un dibujo de Joris Hoefnagle de 1565.

Finalmente, en 1566 Miguel y su familia fijaron su residencia en Madrid, estrenada como capital cinco años antes. Allí, el joven iniciaría su faceta literaria, componiendo en 1567, con motivo del nacimiento de la infanta Catalina Micaela, su primera poesía conocida y asistiendo, desde 1568, al Estudio de la Villa de Madrid, regentado por el maestro de gramática López de Hoyos. Así, en 1569 verían la luz varias poesías suyas y una *Elegía* en honor de Isabel de Valois con motivo de su muerte.

2. El soldado

1569 marcaría un antes y un después en la vida de Miguel de Cervantes. El 15 de septiembre, el Consejo Real dictó una orden de busca y captura en su contra, por participar en una reyerta armada en Madrid y herir a un hombre llamado Antonio de Sigura. La sentencia condenaba al escritor a perder la mano derecha y a diez años de destierro, ante lo cual, aconsejado por sus padres, decidió fugarse a Italia. En Madrid dejaba a sus familiares y, lo más importante para Miguel en aquellos momentos: sus avances en la academia de López de Hoyos.

El Cervantes maduro recordaría este episodio en su novela ejemplar *El licenciado Vidriera*, donde el protagonista, Tomás Rodaja, descrito como un aventajado estudiante en Salamanca, ante la perspectiva de irse a Italia con un capitán de los tercios viejos, albergaba la esperanza de poder reanudar pronto sus estudios: *«a lo más largo, podía gastar tres o cuatro años, que añadidos a los pocos que él tenía, no serían tantos que impidiesen volver a sus estudios»*. En el caso del escritor alcalaíno, transcurrirían doce años hasta su regreso a la academia de López de Hoyos.

En Génova, al igual que Tomás Rodaja, quedaría fascinado por *«la admirable belleza de la ciudad, que en aquellas peñas parece que tiene las casas engastadas, como diamantes en oro»* y sería seducido por *«los rubios cabellos de las genovesas»*. Desde allí pasaría a Florencia, que le gustaría en extremo, *«así por su agradable asiento como por su limpieza, suntuosos edificios, fresco río y apacibles calles»*, y finalmente llegaría a Roma, ciudad que recordaría emocionado en su senectud, al componer *Los trabajos de Persiles y Segismunda*: *«la tierra de tu suelo, que contemplo/ con la sangre de mártires mezclada,/ es la reliquia universal del suelo»*.

En Roma, el joven poeta entraría al servicio como camarero mayor de monseñor Acquaviva, prelado romano que en aquellos momentos quería aumentar el séquito, eso sí con la certeza de que todo su personal era cristiano viejo. Por ello, Miguel tuvo que pedir a su padre que le enviara desde Madrid un informe de limpieza de sangre. El joven alcalaíno compaginaría pronto con su protector que, además, era de

una edad pareja a él, en tanto que había nacido en 1546. En la dedicatoria de *La Galatea*, dirigida al noble italiano Ascanio Colonna, es mencionado también Acquaviva.

Sin embargo, la amenaza creciente del Turco hacia la Cristiandad hizo que el fervor de cruzada se extendiera por el Mediterráneo y, como un mozo más de la España imperial, Miguel se alistó como soldado. Así, participaría con veinticuatro años en la batalla de Lepanto, uno de los episodios bélicos más famosos de la Historia, del que el escritor dijo que se trató de: «*la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros*» (II, prólogo).

A poco estuvo de no intervenir en la pendencia pues estaba enfermo con fiebre. Sin embargo, no quiso renunciar a su bautismo de fuego e insistió en que lo colocaran en primera línea. El enfrentamiento, librado el 7 de octubre de 1571, se saldó con la victoria de la Santa Liga. Aunque el autor quedaría imposibilitado de por vida de una mano, en esta ocasión la izquierda, por lo que es conocido con el sobrenombre de “*el manco de Lepanto*”, siempre estuvo orgulloso de haberse visto en tal acontecimiento.

Posteriormente, Miguel participaría en nuevos combates capitaneados por don Juan de Austria, hijo bastardo de Carlos V. Actuó en la guerra naval contra Turquía, especialmente en las acciones de Modón y Navarino, luchó como soldado de los tercios viejos en Túnez y estuvo como soldado aventajado en Génova, en Cerdeña, en Nápoles y en Palermo.

En 1575 embarcó en Nápoles con su hermano Rodrigo hacia España en la galera *Sol*, con cartas de recomendación de don Juan de Austria. Deseaba reencontrarse con sus parientes y amigos pero, ante todo, anhelaba conseguir un ascenso en la carrera militar. Tenía veintiocho años y era lógico que quisiera asegurarse el porvenir. Sin embargo, la galera fue capturada por los piratas argelinos y los dos hijos del barbero fueron conducidos a prisión.

La experiencia del cautiverio, vivida por el joven Miguel entre los veintiocho y los treinta y tres años de edad, recorre toda la producción cervantina, desde la *Epístola a*

Mateo Vázquez, escrita en verso en 1577, hasta su obra póstuma, *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, pasando por obras teatrales como *Los tratos de Argel* y *Los baños de Argel*, por su novela pastoril *La Galatea* y por *El Quijote*.

El impacto de la llegada a Argel debió de ser muy fuerte. Una descripción de aquellas graves horas podemos leerla en *Los tratos de Argel*, donde rememora su

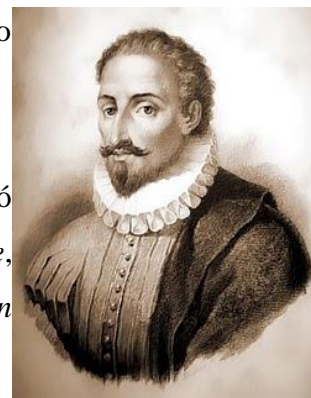


abatimiento con las siguientes palabras: «cuando llegué cautivo y vi esta tierra/ tan nombrada en el mundo que en su seno/ tantos piratas cubre, acoge y cierra, / no pude al llanto detener el freno/ que, a pesar mío, sin saber lo que era,/ me vi el marchito rostro de agua lleno».

Durante los cinco años transcurridos en las mazmorras de Argel, el escritor protagonizaría cuatro tentativas de fuga, en las que fracasaría. «*Por la libertad- diría Don Quijote a Sancho- se puede y debe aventurar la vida*” (II, 58).

Rodrigo recobró la libertad en 1577, pero Miguel no saldría de los calabozos hasta el 19 de septiembre de 1580, cuando estaba a punto de ser llevado cautivo a Constantinopla, lugar del que no solían volver los que llegaron con grilletes. Aquel día, el fraile trinitario Juan Gil pagaba a Hazán Bajá quinientos escudos de oro como rescate de Cervantes. No obstante, el escritor aún permanecería más de un mes en Argel, ya que la nave que había de llevarlo a España no partiría hasta el 24 de octubre.

Desembarcó en Denia (Alicante) y, a los pocos días, entró en Valencia. Si seguimos el relato del capitán cautivo de *El Quijote*, el escritor lloró por segunda vez, en esta ocasión de alegría: «y con



lágrimas de muy alegrísimo contento dimos todos gracias a Dios Nuestro Señor por el bien tan incomparable que nos había hecho”.

Y como el capitán cautivo, “*el cual en su traje mostraba ser cristiano recién venido de tierra de moros, porque venía vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas y sin cuello; los calzones eran asimismo de lienzo azul, con bonete de la misma color...»*, Cervantes callejearía feliz por Valencia, una ciudad que, en su recuerdo, debió de permanecer indisolublemente unida al sentimiento de alegría que la libertad le otorgó.

De hecho, al final de sus días, en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, Cervantes destacaría de la ciudad del Turia: «*la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de sus contornos, y finalmente todo aquello que la hace hermosa y rica»*.

3. El escritor

Cervantes redacta las *Novelas Ejemplares* animado por la celebridad de la primera parte de *El Quijote* (1605). Desde que entregara en el taller madrileño de Juan de la Cuesta la historia del hidalgo, la obra había resultado todo un éxito, ahí están las traducciones al inglés en 1612 y al francés al año siguiente. De 1585 data la novela pastoril *La Galatea* y, a ella, se sumarían en 1615 la segunda parte de *El Quijote* y, en 1617, a título póstumo, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. A la par, cultivaba el teatro y la poesía.

Pero el hijo del barbero sangrador era de carácter inconformista. Por eso, no se cortó al presumir en 1613, con 66 años, de ser el pionero en novelar en castellano, reclamando para sí el premio de la originalidad. Hemos de aclarar que, en la época en que se publica la serie cervantina, no era un santo.

Cansado de acarrear trigo y aceite por tierras andaluzas y tras un intento fallido de solicitar empleo en el Nuevo Mundo, había tenido en Madrid amoríos con una mujer casada, Ana Franca de Rojas, del idilio nació Isabel de Saavedra el 19 de noviembre de

1584 y, antes de un mes, el 12 de diciembre, contrajo matrimonio en Esquivias, en la Sagra toledana, con la hidalga Catalina de Salazar.

Sea como fuere, Cervantes se sentía en la obligación de transmitir moralejas a través de sus desenfadadas historias, de profundo fondo. Apreciamos en el elenco historias en las que prevalece la necesidad del matrimonio- *Las dos doncellas* y *La señora Cornelia*-, mientras que en *El amante liberal* se rememoran los apuros del cautiverio, en *El celoso extremeño* y en *El casamiento engañoso* vemos el doblez de los desposorios y, en *La fuerza de la sangre*, en *La ilustre fregona*, en *La Gitanilla* y en *La española inglesa*, se ensalza el valor de la mujer. En otras, fuertemente vinculadas con lo social, como *Rinconete* y *Cortadillo*, *El licenciado Vidriera* y *El coloquio de los perros*, el amor es un sentimiento que queda relegado a un episodio accidental.

La perplejidad es la reacción que suscitan de modo unánime los relatos cervantinos, pues por sus páginas desfilan tanto individuos que integran las élites de la España de los Austrias como grupos marginados- gitanos y moriscos- que habían sido objeto de sendos edictos de expulsión en 1539 y 1609.

Cervantes se detiene en recrear el hampa. Seguramente las estancias en la cárcel en 1592 y 1597 le proporcionaron información valiosa sobre la conducta de los delincuentes y el lenguaje de germanías, la jerga de los bandidos. En *Rinconete* y *Cortadillo* la riqueza del argot del patio de Monipodio se trasluce en las metáforas: la cofradía es una «congregación» y la instrucción del cuatrero, el «noviciado». Entre los hábitos «devotos» que allí poseen destaca el compromiso de dar un donativo por cada hurto, no robar los viernes y rechazar los sábados la relación con mujeres que se llamen María. También en *La ilustre fregona* al desplazamiento a la almadraba lo denominan «romería».

En *El licenciado Vidriera* los cambios en el habla nos advierten de la evolución o involución en la psicología del protagonista. Tomás Rodaja mezcla las sentencias que solían compilar las enciclopedias con refranes populares que traen a Sancho a nuestro discurso: «no sabe nadie el alma de nadie, tal suele venir por lana que vuelve trasquilado, Dios bendijo la paz y maldijo las riñas, pues tenemos hogazas, no

busquemos tortas». Esta fusión genera complicidad y risa y, cuando el antiguo estudiante pierde la habilidad para combinar los registros culto y popular, se siente melancólico y vacío recordando la fama que tuvo en Valladolid y Salamanca.

En *La ilustre fregona* el burgalés Diego de Carriazo «*se desgarró*» con trece años de casa de sus padres y «*se fue por ese mundo adelante*» tan contento de la vida libre que ni el andar a pie lo cansaba. Aprendió a jugar a la taba en Madrid, pero visitaba pocas veces las ermitas de Baco, por lo que en el muchacho conoció el mundo «*un pícaro virtuoso, limpio, bien criado y más que medianamente discreto*» que cumplió su anhelo de graduarse como maestro en las almadrabas de Zahara, el «*finibusterrae de la picaresca*», con el consabido riesgo de traslado forzoso a Berbería.

Don Quijote es un idealista que está convencido en que la bondad y el honor aún son posibles en una edad, la Moderna, dominada por el interés. Y, cuando ya no puede soñar, el hidalgo manchego muere, como enferma el alférez Campuzano de *El casamiento engañoso* y como fallece el anciano Carrizales, en *El celoso extremeño*.

El defecto que con mayor insistencia critica el alcaláino en sus novelas es la hipocresía. Un vicio que casa a la perfección con el disimulo- el signo del Barroco-, ejemplificado en las falsas apariencias de los juegos del arte del trampantojo. Así, el licenciado Vidriera se ocupa de señalar las faltas de los principales oficios y la bruja Cañizares se viste de beata y va a misa aunque continúa celebrando en la clandestinidad sus aquelarres.

Nadie se libra en la edad de Cervantes del sarcasmo ni de la ironía: todo individuo precisa del entorno para configurar su identidad, los personajes son animales sociales con virtudes y defectos. Y, si el medio los abandona, están abocado a buscar otra ruta de subsistencia y mudar de escenario.

4. El jugador

A Cervantes le gustaba jugar, no cabe duda alguna. Jugar con la pluma, jugar con los registros de la lengua, jugar con los tópicos y jugar a las cartas. El librero que compró y mandó imprimir a su costa *El Quijote* y las *Novelas Ejemplares* tenía en su

casa de Madrid, en la puerta de Guadalajara, un «*juego de naipes público*», según consta en un auto de la sala de gobierno de los alcaldes de casa y corte, fechado el 14 de noviembre de 1617.

La prueba de que Cervantes si no era tahúr, al menos tenía práctica de jugador, la encontramos en sus obras. Las referencias a los dados están en *El Quijote*, «*correr el dado*» (I, 20 y 25) y «*echar dado falso*» (I, 47, y II, 33), del ajedrez se dice que es juego admitido en las «*repúblicas bien concertadas*» (I, 32), pero estas menciones son escasas. Sólo vemos en el *Persiles* otra alusión a los dados y en lo relativo al ajedrez otra en *El gallardo español*.

En el plano deportivo, se mencionan los juegos de cañas, de toros y de sortija (antecedente de las corridas), el lanzamiento de barras, la pelota, las justas, los torneos y la equitación mas, entre todos los cauces de ocio que la España Moderna ofrecía, en el espectro cervantino predomina el entretenimiento de los naipes.

De hecho, en el prólogo de las *Novelas Ejemplares*, compara su libro con una mesa de trucos (billar), donde cada uno puede llegar a entretenerse sin daño de barras (alusión al juego de la argolla), afirmando que «*mi edad no está ya para burlarse con la otra vida, que al cincuenta y cinco de los años gano por nueve más y por la mano*».

Asimismo, los personajes enumeran multitud de *flores* o formas de competir mediante las cartas, equivalentes al mus, al chinchón, al tute, al cinquillo, al solitario, a la brisca o a las siete y media en nuestros días: «*Yo- respondió Rinconete- sé un poquito de floreo de Vilhán, entiéndeseme el retén; tengo una buena vista para el humillo; juego bien de la sola, de las cuatro y de las ocho; no se me va por pies el raspadillo, verrugueta y el colmillo; éntrome por la boca de lobro como por mi casa, y atreveríame a hacer un tercio de chanza mejor que un tercio de Nápoles, y a dar un astillazo al más pintado mejor que dos reales prestados*».

Apreciamos referencias en *El Quijote* al *barato*, o propina que los ganadores en los naipes solían dar a los mirones, no en vano el título de Ínsula Barataria que llevaba

el territorio a gobernar por Sancho Panza procedía de que *«el lugar se llamaba Baratario, o ya por el barato con que se le había dado el gobierno»* (II, 45).

Todo el capítulo en el que el espontáneo escudero se convierte en dirigente está presidido por el juego: primero él actúa de mirón en la parodia de los duques, luego queda atrapado por el realismo mágico y, como máxima de su programa, expone que gobernará la ínsula *«sin perdonar derecho ni llevar cohecho»* (II, 49).

«La gente baldía y perezosa es en la república lo mismo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen». Antes de salir a rondar para limpiar la ciudad de holgazanes, concreta su plan: *«Pienso favorecer a los labradores, guardar las preminencias a los hidalgos, premiar los virtuosos y, sobre*



todo tener respeto a la religión y a la honra de los religiosos».

Naipes del siglo XVI

Ya en la calle, oyó Sancho Panza la riña de dos hombres. Uno había ganado dinero en el juego, mas al otro, que actuaba de mirón, le ofrecía una propina despreciable. Sancho le preguntó al jugador si eso era verdad. Este le contestó que sí, pero que eran

muchas las veces que se las había dado y *“los que esperan barato han de ser comedidos y tomar con rostro alegre lo que les dieren”*. Sancho ordenó al jugador que le diera cien reales al mirón y treinta para los pobres de la cárcel. El jugador se marchó a su casa y el mirón, por no tener oficio ni beneficio, debía salir al día siguiente de la ínsula.

Quizás el mejor consejo de *El Quijote* lo encontramos a propósito del descenso del hidalgo en la cueva albaceteña de Montesinos, llamada así por el célebre personaje de los romances medievales, que resultó ser primo de un tal Durandarte, un fantasma que habitaba en el mundo subterráneo.

Ataron a don Alonso con una soga y lo descolgaron por la abertura. Tras descender un buen trecho, dio voces a Sancho para que no soltaran más cuerda pero, al haber alcanzado tal profundidad, no consiguió ser oído y lo bajaron aún más. No le quedó más remedio que sentarse y se durmió exhausto. Media hora después, lo sacaron al exterior. Empezó ahí la apasionada narración de la visión que había experimentado, por la que hizo acto de presencia hasta el mismísimo Merlín.

Montesinos, ejerciendo de guía del viaje, le había mostrado a su primo Durandarte, *«flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo»* que reposaba en carne y hueso sobre un sepulcro en el palacio de cristal. Estaba triste el espectro pero, con la cantinela de su historia, repetida maquinalmente, aportó datos precisos que llevaron al primo a cavilar sobre el origen de los naipes:

«Yo, señor don Quijote de la Mancha, doy por bien empleadísima la jornada que con vuestra merced he hecho, porque en ella he granjeado cuatro cosas. La primera, haber conocido a vuestra merced, que lo tengo a gran felicidad. La segunda, haber sabido lo que se encierra en esta cueva de Montesinos, con las mutaciones de Guadiana y de las lagunas de Ruidera, que me servirán para el Ovidio español que traigo entre manos. La tercera, entender la antigüedad de los naipes, que, por lo menos, ya se usaban en tiempo del emperador Carlomagno (...) La cuarta es haber sabido con certidumbre el nacimiento del río Guadiana, hasta ahora ignorado de las gentes» (II, 24).

Ya se anunciaba unas líneas atrás: a raíz de este suceso descubrimos una de las lecciones más sabias que ofrece Cervantes. Él aprendió a vivir sacando provecho de las caídas y tratando de mantener frescos los proverbios, ya fueran los de los eruditos o los contenidos en esos evangelios pequeños que representan los refranes. El ocio es decisivo en toda personalidad y, en la del escritor, más si cabe por interiorizar los hechos bajo su máscara y transformarlos en nuevos con el recurso de la ficción. Lo importante en toda existencia es acumular muchos momentos felices y, a buen seguro, que él los tuvo cavilando tramas, ¿por qué no?, a la par que soltaba con ímpetu el naipe sobre la ruleta de la ventura.

Una enseñanza que brota, como la observación, la agudeza y la agilidad de pensamiento, de las tácticas del juego. Lo expone en la segunda parte, ésa que está de aniversario, por boca del sufrido Durandarte, portavoz del más allá: «*Y cuando así no sea (...) cuando así no sea, ¡oh primo!, digo, paciencia y barajar*» (II, 23).

Lo deseable es que la providencia, el destino, la fortuna o el azar... repartan buenas cartas mas, como aviso para todos, hombres y mujeres, inmersos en este apasionante juego que es la vida, resulta acertada la sentencia: paciencia y barajar.